Fuera de VALIJA

n. 81 - 12 julio 47

D. CLODOALDO, VOTO

DON Clodoaldo votó el pasado domingo. Votó por Franco, naturalmente. Es decir, por Dios, por la Patria, por el Rey, por Hitler; por el cardenal Pla y Daniel, por Carlos V, por la bandera roja y gualda, por Santiago Matamoros, por Pérez Madrigal, por el straperlo, por don Juan, por la economía dirigida, por el Ausente, por el verdugo de Burgos, por la fiesta nacional, por los latifundios, por el poeta Pemán, por la inflación, por el hambre y por España Una, Grande y Libre. Don Clodoaldo es un barbián. Quizás no se llame don Clodoaldo; pero, desde luego, es un barbián. Fué franquista desde mucho antes de que naciera Franco. Y respecto a la vejez de la camisa, la suya es mucho más vieja que la de Isabel la Católica. Don Clodoaldo votó porque es un enemigo de la democracia. De la democracia corrompida, se entiende. Cuando en España se votaba para elegir un consejal, aquello era democracia corrompida. Cuando en España se vota para que continúe Franco, eso es democracia orgánica. Entre una y otra hay casi un millón de muertos. Al lado de esa enorme pirámide de cadáveres —esta vez sí que votaron los muertos, pues por algo los mataron— lo mismo da que la votación se llame plebiscito o referendum. Lo que importa es votar por Franco. Para don Clodoaldo, lo mismo en un plebiscito que en un referendum, se vota "sí" o "no". Es decir, que "sí" debe seguir Franco, o que "no" marcharse Franco. Esto es también democracia orgánica. En la democracia corrompida, el votante votaba lo que él mismo quería. En la democracia orgánica, el votante vota lo que Franco quiere. Por ejemplo: esta vez don Clodoaldo ha podido votar que "sí", con lo cual es seguro que continúe Franco; pero también hubiera podido votar que "no", y entonces no tenía más remedio que seguir Franco. La mecánica electoral se llevó de ese modo a la suma perfección en España el domingo pasado. Se trataba de ratificar o desechar mediante el voto casi popular la ley de sucesión, ideada por Franco para sucederse a sí mismo, de modo que si se ratificaba la ley se aseguraba la sucesión de Franco por Franco, y si se desechaba la ley, nadie podría suceder entonces a Franco, y habría de continuar el mismo Franco. Don Clodoaldo votó, pues, sobre seguro, como si jugase a la lotería después del sorteo. Por lo tanto, pudiendo elegir entre Franco y Franco, don Clodoaldo no vaciló y votó por Franco.

Antes, hemos hablado de voto casi popular. Sí, voto casi popular, pero orgánico; es decir, suprimiendo del censo a todos los enemigos del régimen y aun a los simples sospechosos, para evitar que pudiera deslizarse algún voto contrario, que no podía ser contrario, pues tan favorable es el voto que "sí", como el voto que "no", y de no ser de tal modo: ¿habría habido necesidad de matar antes a tantos españoles y bombardear tantas ciudades y pueblos de España? Pero nunca está de más tomar toda clase de precauciones. Y si, pese a todo, algún voto contrario se escapó, luego no se ha tenido en cuenta en el escrutinio. Porque un escrutinio orgánico de esta clase no puede reflejar en ningún caso lo que quiera el votante, sino lo que quiera Franco, y por lo tanto cada colegio registra tantos "sí" y tantos "no" y tantas "abstenciones" como convenga a Franco, sin tener en cuenta lo que haya votado el elector, ni siquiera cuando el elector es don Clodoaldo. Pues si el voto de don Clodoaldo es seguro, ¿para qué tener en cuenta el voto de don Clodoaldo?

No solamente votó el domingo pasado don Clodoaldo. Votaron también sus tres hijos. El primero es falangista. El segundo es un héroe de la Cruzada; se distinguió, sobre todo, en Badajoz. El tercero también es un asesino. Por serlo los tres, ellos y don Clodoaldo votan por Franco. Los tres asesinos, son cuatro. Cuatro ladrones enriquecidos en los negocios sucios del régimen. De este modo, votando don Clodoaldo por Franco, lo que hace es oponerse al caos. El caos es, en efecto, algo terrible. Lo que más teme don Clodoaldo es el caos. Cuando don Clodoaldo no podía ir, durante la guerra incivil desatada por Franco, a tomar café a su casino, en su "peña", con otros don Clodoaldos, aquello era el caos. Pero cuando nadie puede tomar café en Madrid, como no lo reciba de algún amigo refugiado o lo compre de straperlo, eso no es el caos. Cuando por las calles de Madrid se voceaba impunemente La Voz y el Heraldo, aquello era el caos. Pero cuando Franco bombardeaba las calles de Madrid, aquello no era el caos.

Otra cosa que teme don Clodoaldo es el salto en el vacío. Nunca ha dado don Clodoaldo un salto en el vacío. Si algún día cayese Franco, y se hiciera justicia en España, y don Clodoaldo y sus hijos tuvieran que ir a la cárcel, eso sería un salto en el vacío. ¡Don Clodoaldo en la cárcel! Eso sería, exactamente, el caos. Así, pues, para no dar un salto en el vacío y por temor al caos, don Clodoaldo votó el domingo por Franco y contra las Naciones Unidas. Y al mismo tiempo votó por la monarquía, y también contra el "plan Marshall", si se aprieta mucho a don Clodoaldo. Monarquía, desde luego, Una, Grande y Libre, como la que quiere Franco, en la cual sea Franco el rey, o Franco diga quién ha de ser el rey, o deponga el rey de Franco, de suerte que el rey haga lo que quiera Franco, que nunca ha de querer nada más lo para don Clodoaldo y sus vástagos.

De ese modo, don Clodoaldo está seguro de que en España seguirá la matanza de rojos, y seguro también de que otros rojos continuarán en la cárcel o en el destierro, y de que él, don Clodoaldo, continuará enriqueciéndose con los negocios sucios del Imperio Vertical y Azul, y de que no le faltará a éste la bendición de Su Santidad, que buena falta le hace.

Por todo ello, don Clodoaldo, que es un barbián, acudió al colegio electoral el domingo pasado, lo mismo que cuando en España había elecciones, pero con la ventaja de que ahora no hay elecciones, y entregó al camisa vieja en turno su papeleta, en la que escribió que sí, que lo que sea, pero que siga Franco. Y si han de matar a alguien, allí estaban él y sus tres hijos. Para ser ellos, naturalmente, los que matasen, no los muertos. En vista de lo cual, el camisa vieja pronunció solemnemente:

—Don Clodoaldo, votó.

Aunque probablemente no se llame en verdad don Clodoaldo.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG. 1.29 / 1270